

RENOVACION EVANGELICA DE LA IGLESIA, CAMINO DE COMUNION Y MISION

Juan Esquerda-Bifet

Presentación: El discernimiento de una llamada eclesial

1. Significado y actualidad de la renovación evangélica eclesial
2. El camino de la comunión
3. El camino de la misión

Conclusión: Hacia la renovación evangélica por una eclesiología de comunión misionera

* * *

Presentación: El discernimiento de una llamada eclesial

En los documentos conciliares y postconciliares del Vaticano II aflora con frecuencia *una llamada apremiante para la renovación evangélica de la Iglesia*, en vistas a profundizar en su *realidad de comunión* y a desarrollar su *dinamismo misionero*. La carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* (10 noviembre 1994) es toda ella una invitación especial, en vistas al tercer milenio, para recordar y discernir el alcance de esa llamada.¹

A partir del Sínodo Episcopal extraordinario de 1985, tanto en los documentos magisteriales como en algunos estudios eclesiológicos, aparece frecuentemente *la trilogía eclesial: misterio, comunión, misión*. La Iglesia es signo portador de Cristo ("misterio") en la medida en que sea comunión y misión. Es esta misma trilogía la que se convierte en una llamada a la renovación evangélica de la misma Iglesia.²

¹ En mi estudio aprovecho los contenidos eclesiológicos de algunos documentos magisteriales actuales, especialmente las cuatro Constituciones del Vaticano II (*Lumen Gentium, Dei Verbum, Sacrosantum Concilium, Gaudium et Spes*), así como *Evangelii Nuntiandi, Redemptoris Missio, Tertio Millenio Adveniente, Veritatis Splendor, Ut Unum Sint*. Tengo en cuenta algunos estudios actuales que iré citando oportunamente. Con el presente estudio continuo una reflexión anterior: *Renovación eclesial y espiritualidad misionera para una nueva evangelización*, "Seminarium" 31 (1991) n.1, 135-147.

² Ver el documento sinodal *Ecclesia sub Verbo Dei mysteria Christi celebrans pro salute mundi*, Relatio finalis, Lib. Edit. Vaticana 1985. La exhortación postsinodal sobre el laicado, *Christifideles Laici* (1988), distribuye el tema a partir de esta trilogía: La dignidad de los fieles laicos en la Iglesia-misterio (cap.I), la participación de los fieles laicos en la vida de la Iglesia-comunión (cap. II), la corresponsabilidad de los fieles laicos en la Iglesia-misión (cap. III). *Pastores dabo vobis* (1992) se remite con frecuencia a esta misma trilogía (PDV 12, 59, 73-75). Los tres capítulos de *Vita Consecrata* (1996) siguen esa misma pauta, explicitando la relación con la Trinidad ("misterio"), con la Iglesia "comunión" y con los servicios de caridad ("misión").

Una lectura atenta de esos documentos eclesiales conciliares y postconciliares, teniendo en cuenta su llamada a la renovación, pone en evidencia que *se ha profundizado en la ecclesiológia de comunión misionera*, la cual será auténtica en la medida en que favorezca la renovación evangélica de la misma Iglesia como "misterio" (transparencia e instrumento) de Cristo presente en ella.

Las llamadas de la Iglesia a esa renovación tienen el tono de suscitar una gran generosidad para con los nuevos impulsos de la gracia. En los mismos textos conciliares se habla con cierta frecuencia de *los objetivos del Concilio*, indicando la necesidad de renovación personal y comunitaria para conseguir los objetivos trazados: "Este sacrosanto Concilio se propone acrecentar de día en día entre los fieles la vida cristiana" (SC 1). De este modo, al "anunciar el Evangelio con la claridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia", podrá "presentar a sus fieles y a todo el mundo con mayor precisión su naturaleza y su misión universal" (LG 1).

A veces, esta llamada se concreta en un campo específico, como en el de la vida sacerdotal (con valor analógico para todas las demás vocaciones), afirmando que "los fines pastorales de renovación interna de la Iglesia y de difusión del Evangelio por el mundo entero", dependerán, en gran parte, del hecho de "esforzarse por alcanzar una santidad cada vez mayor" (PO 12).³

La misma disponibilidad misionera de toda la Iglesia, en vistas a la evangelización de todos los pueblos, está condicionada a esa renovación interior. La doctrina misionera conciliar se convierte en una llamada urgente a la renovación: "El Santo Concilio invita a todos a una profunda renovación interior a fin de que, teniendo viva conciencia de la propia responsabilidad en la difusión del Evangelio, acepten su cometido en la obra misional entre los gentiles" (AG 35).

Al presentar la situación actual de la sociedad, el Concilio no deja de apuntar que tal situación "exige cada vez más una adhesión verdaderamente personal y operante de la fe" (GS 7). La responsabilidad de todo creyente se debe concretar en un examen sobre si "los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión" (GS 19).

La referencia que los documentos hacen al concilio Vaticano II no tiene sólo sentido de llamada a un examen de conciencia, sino especialmente de una

³ Al final de *Optatam totius*, la llamada se dirige a los responsables de los Seminarios, para que se dispongan a "formar a los futuros sacerdotes de Cristo en el espíritu de renovación promovido por este Santo Concilio", puesto que en ella se cifra "la esperanza de la Iglesia y la salvación de las almas" (OT, conclusión).

llamada a la esperanza: "El Concilio es como la puerta santa de la nueva primavera de la Iglesia" (TMA 18). Para que se dé esta nueva primavera, es imprescindible construir la "comunidad misionera" en toda comunidad eclesial (VC 47).

Por esto "el Concilio Vaticano II... tuvo como objetivo principal el de despertar la autoconciencia de la Iglesia y, mediante su renovación interior, darle un nuevo impulso misionero en el anuncio del eterno mensaje de salvación" (*Slavorum Apostoli* 16).

La llamada a la renovación evangélica ha quedado estrechamente unida a la colaboración para una "nueva evangelización". Efectivamente, "la nueva evangelización exige la conversión pastoral de la Iglesia. Tal conversión debe ser coherente con el Concilio. Lo toca todo y a todos: en la conciencia y en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones de igualdad y de autoridad; con estructuras y dinamisismos que hagan presente cada vez con más claridad a la Iglesia, en cuanto signo eficaz, sacramento de salvación universal" (*Santo Domingo* 30).⁴

El camino del "Jubileo" del año 2.000 es también una llamada a emprender un itinerario de renovación evangélica. "Todo deberá mirar al objetivo prioritario del Jubileo que es el fortalecimiento de la fe y del testimonio de los cristianos" (TMA 42), a partir de "un fuerte deseo de conversión y de renovación personal" (ibídem). Por esto, "la mejor preparación al vencimiento bimilenario ha de manifestarse en el renovado compromiso de aplicación, lo más fiel posible, de las enseñanzas del Vaticano II a la vida de cada uno y de toda la Iglesia" (TMA 20).⁵

Siendo, pues, el Jubileo "un camino de auténtica conversión", la Iglesia tendrá que realizar "el anuncio de la conversión como exigencia imprescindible del amor cristiano en la sociedad actual" (TMA 50). El camino que se ha seguido después de Concilio ha sido "una significativa ayuda a la preparación de la nueva

⁴ La frase "una nueva evangelización" es una invitación que Juan Pablo II ha repetido con frecuencia desde el año 1983, primero en Puerto Príncipe (Haití) (9 de marzo de 1983) y luego en Santo Domingo (11 y 12 de octubre de 1984). Se trata de una "evangelización nueva: nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión"; cfr. *Insegnamenti* VI/1 (1983) 698; AAS 75 (1983) 777-780). Se espera una renovación de las personas y de las comunidades eclesiales ("nuevo fervor de los apóstoles"), para que se hagan efectivamente misioneras (cfr. RMi 2-3, 30, 33, 59, 63-64, 72, 86). "Hoy la Iglesia debe afrontar otros desafíos, proyectándose hacia nuevas fronteras, tanto en la primera misión *ad gentes*, como en la nueva evangelización de pueblos que han recibido ya el anuncio de Cristo" (RMi 30). Resumen ideas y bibliografía en: *Rinnovamento ecclesiale per una nuova evangelizzazione*, "UISG" (1990) 3-20 (en esp., it., fr., ing., al.: en sus respectivos boletines). Ver también artículo citado en la nota 1. Número especial de "Seminarium" (1991) n.1: *De nova evangelizatione*, "Seminarium" (1991) n.1.

⁵ Puesto que "Cristo es el corazón de la Iglesia", la preparación y celebración del Jubileo será "una ocasión de conversión y verificación de su compromiso pastoral" (JUAN PABLO II, *Disc. al Comité Central para la preparación del Jubileo*: 16 feb. 1996: "L'Osservatore Romano" esp. 23 feb 1996, p.2.

primavera de vida cristiana que deberá manifestar el Gran Jubileo, si los cristianos son dóciles a la acción del Espíritu" (TMA 18).⁶

Las llamadas del Magisterio conciliar y postconciliar tienden, pues, a recuperar el entusiasmo de los tiempos apostólicos. Por esto, la encíclica misionera de Juan Pablo II dice en su conclusión: "Nunca como hoy la Iglesia ha tenido la oportunidad de hacer llegar el Evangelio, con el testimonio y la palabra, a todos los hombres y a todos los pueblos. Veo amanecer *una nueva época misionera*, que llegará a ser un día radiante y rica en frutos, si todos los cristianos... *responden con generosidad y santidad* a las solicitudes y deseos de nuestro tiempo" (RMi 92).⁷

1. Significado y actualidad de la renovación evangélica eclesial

Hablar de "renovación" de la Iglesia no es tratar de un tema insólito, sino de una constante histórica, tanto a nivel de documentos magisteriales, como de estudios y actuaciones durante todo el decurso de la historia eclesial. Lo importante es acertar en los objetivos y en el tono con que se propone. La renovación es auténtica cuando corresponde a una época y situación concreta, como fidelidad a las nuevas gracias y luces del Espíritu.⁸

La Iglesia de todos los siglos está habituada a esa llamada a la santidad y, consecuentemente, a "avanzar continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación" (LG 8). En la segunda plegaria eucarística se pide por esta santificación eclesial ("llévala a su perfección por la caridad"), como una respuesta al amor de Cristo que "amó a la Iglesia hasta entregarse en sacrificio por ella", y así la hizo "santa e inmaculada" (Ef 5,25-27).

Esta llamada permanente a la santidad tiende a la "perfección de la caridad", que es la meta de toda vocación cristiana (cfr. LG 39-42). Por esto. "la Iglesia no puede atravesar el umbral del nuevo milenio sin animar a sus hijos a

⁶ A. ANTON, *La Iglesia de Cristo*, Madrid, BAC 1977 (cap. VIII,3: La Iglesia, equipada por el Espíritu y guiada por el Espíritu); G. COTTIER, *La Chiesa davanti alla conversione. Il frutto più significativo dell'Anno Santo*, en: *Tertio Millennio Adveniente... Testo e commento teologico-pastorale*, San Paolo 1995, 160-171; J. ESQUERDA BIFET, *Il rinnovamento ecclesiale per una pastorale missionaria*, en: *Chiesa locale e inculturazione nella missione*, Roma, Pont. Univ. Urbaniana 1987, 47-75; M. ZOVKIC, *Conversio et renovatio Ecclesiae tamquam conditio et sequela evangelizationis*, "Bogoslacka Smotra" 45 (1975) 221-234. Ver también: Exhortación apostólica *Reconciliatio et paenitentia* (Juan Pablo II, 1984): AAS 77 (1985) 185-275.

⁷ Por esto, "todos los cristianos deben reemprender el camino de la renovación evangélica" (CFL 16).

⁸ Hemos citado en la introducción numerosos textos del concilio Vaticano II y del postconcilio. Esta es también la llamada frecuente de los concilios anteriores, sobre la Iglesia "semper reformanda". Ver el concilio Lateranense V, sess. 12 (Mansi 32, 988, B-C).

purificarse, en el arrepentimiento, de errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes" (TMA 33).

No sólo se trata de la santidad de la misma Iglesia, sino también de su realidad de transmisora de santidad: "Dado que la Iglesia es un misterio en Cristo, debe ser considerada como signo e instrumento de santidad".⁹

La renovación de la Iglesia tiene siempre sentido de vivir con mayor fidelidad el evangelio: "Toda renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad hacia su vocación... La Iglesia peregrina en este mundo es llamada por Cristo a esta perenne reforma, de la que ella, en cuanto institución terrena y humana, necesita permanentemente" (UR 6).

La Iglesia se reforma desde dentro, amándola y renovándose personalmente para poder mejorar las estructuras. La renovación es una actitud esperanzadora que incluye la alegría de ser Iglesia y la "gratitud por el don de la Iglesia" (TMA 32). Un alejamiento afectivo de la Iglesia no será garantía de renovación. Algunas declaraciones de autosuficiencia, en las que se manifiesta un alejamiento afectivo y en las que se acusa a los demás sin reconocer las propias deficiencias, son un gran obstáculo para la verdadera renovación.

El cristianismo "es un existir en vida nueva para alabanza de la gloria de Dios" (TMA 6; cita Ef 1,12). Todo lo que en él no refleje esa "gloria", por medio de las actitudes evangélicas de las bienaventuranzas, se convierte en obstáculo tanto para vivir la comunión como para el anuncio evangélico.¹⁰

La Iglesia se renueva cuando aparece más claramente como "sacramento", es decir, "signo" transparente de Cristo (cfr. LG 1). Esa transparencia es siempre de "comunión" o fraternidad, según el mandato del amor y como reflejo de la comunión trinitaria (cfr. LG 1 y 4). Esa realidad "sacramental" (de transparencia, instrumentalidad y comunión) es un camino de fidelidad a la Palabra (DV), vivencia del misterio pascual (SC), práctica de la caridad y solidaridad (GS).¹¹

⁹ Sínodo 1985, *Relatio finalis*, II, A, n.4. Este mismo documento señala defectos y retrasos en aplicación del Concilio: ha habido "una desafección hacia la Iglesia" (ibídem, I, n.3); "hemos sido demasiado tímidos en aplicar la verdadera doctrina del Concilio... se ha hecho una presentación unilateral de la Iglesia, como una estructura meramente institucional, privada de su misterio" (I, n.4); "una recepción más profunda del Concilio exige cuatro pasos sucesivos: conocer el Concilio más amplia y profundamente, asimilarlo internamente, afirmarlo con amor, llevarlo a la vida" (I, n.5). En el campo eclesiológico se deja constancia de una realidad que se intenta corregir: "No podemos sustituir una visión unilateral, falsa, meramente jerárquica de la Iglesia, por una nueva concepción sociológica también unilateral de la Iglesia" (II, A, n.3).

¹⁰ Así como se puede hablar de "la Iglesia de la Trinidad", también es posible presentar la Iglesia de la "gloria" de Dios por medio de una vida evangélica. H.U. VON BALTHASAR, *La gloire et la croix*, Aubier, 1965

¹¹ TMA 36 presenta las Constituciones conciliares para hacer un examen eclesial sobre la "recepción del Concilio". Ver también *Relatio finalis* del Sínodo de 1985, I, 3-5.

El testimonio forma parte de la visibilidad de la Iglesia, por ser Iglesia de los "signos". Esta realidad no es estática, aunque sí ontológica, pero que supone un dinamismo de continua revisión y renovación: "Caminando, pues, la Iglesia a través de peligros y de tribulaciones... persevera siendo digna esposa de su Señor, y no deja de renovarse a sí misma bajo la acción del Espíritu Santo hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso" (LG 9)

El tema de la renovación evangélica ha tenido siempre un riesgo de extremismos, como ha sucedido en diversos períodos históricos (albigenses, movimiento pauperístico, cristianos de la "reforma", etc.). Pero sería también una visión reduccionista el pensar que, por el hecho de vivir en una honestidad eclesial, ya basta para el testimonio evangélico actual. Se necesita la sabiduría de la cruz y la mirada evangélica.¹²

Existe un proceso histórico continuo de decantación, que es de purificación a la luz del evangelio. El "misterio de la iniquidad" (2Tes 2,17) está, de algún modo, en todo corazón y en toda institución humana, también en las instituciones de la Iglesia peregrina. Es verdad que el "misterio de la piedad" (1Tes 3,16) es capaz de ir neutralizando todo resultado defectuoso o pecaminoso. Pero, mientras tanto, todo defecto, por comprensible que sea, produce una reacción de sentido contrario y de parecida intensidad, que obliga a una corrección dolorosa, a veces incluso por la permisión providencial de persecuciones y de fracasos.

En este proceso de purificación y de renovación habrá que contar con el factor "tiempo", en su significado salvífico y teológico. Se trata del caminar de Iglesia, que es siempre "escatológico", hacia la venida definitiva del Señor (su "parusía"). Pero gracias a la Encarnación del Verbo, el tiempo de la Iglesia tiene significado salvífico, a modo de biografía o "complemento" (Ef 1,23) de Jesús: "En Jesucristo, Verbo Encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios... Cristo es el Señor del tiempo, su principio y su cumplimiento" (TMA 10).¹³

Un punto básico de la renovación eclesial es la actitud "relacional" respecto al Verbo Encarnado. Se trata de relación, imitación, transformación, así como de sintonía de criterios, valores, actitudes. Los documentos magisteriales acentúan esta perspectiva, sin la cual perdería su fuerza la adhesión de la fe y el

¹² La encíclica *Veritatis Splendor* ha encontrado dificultad en su aceptación por causa del capítulo II (que presenta la moral cristiana). A mi entender, se ha prestado poca atención a los presupuestos para comprender esa moral: el seguimiento evangélico (cap. I) y la cruz (cap. III). Sin esta disponibilidad evangélica, será imposible aceptar las exigencias de la moral cristiana, que es siempre "la verdad de la donación" (cfr. VS 85-87). "La moral cristiana... consiste fundamentalmente en el seguimiento de Jesucristo, en el abandonarse a él, en el dejarse transformar por su gracia y ser renovados por su misericordia, que se alcanzan en la vida de comunión de su Iglesia" (VS 119).

¹³ La fuerza misionera de la Iglesia dependerá de su dinamismo escatológico (cfr. AG 9). Su "índole escatológica" (LG cap. VII) la constituye "sacramento universal de salvación" (LG 48).

compromiso de honestidad moral o vocacional. Por esto, "la fe es un decisión que afecta a toda la existencia; es encuentro, diálogo, comunión de amor y de vida del creyente con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (cfr. Jn 14,6). Implica un acto de confianza y abandono en Cristo, y nos ayuda a vivir como él vivió (cfr. Gal 2,20), o sea, en el mayor amor a Dios y a los hermanos" (VS 88).¹⁴

Los documentos que se refieren a las diversas vocaciones o estados de vida (laical, sacerdotal y de vida consagrada) indican también esa pista relacional e incluso contemplativa, en vistas a una renovación del propio camino vocacional. En la práctica, la "clave" de toda renovación es la relación personal con Cristo (PDV 12), a modo de "amor apasionado" por él (VC 109), así como de sintonía con sus "sentimientos" (Fil 2,5; cfr. VC 65-66, 109; PDV 49; CFL 64). Sólo a partir de ahí se ama a la Iglesia como él la ha amado.¹⁵

La naturaleza "evangélica" de la Iglesia refuerza su realidad de ser signo visible, también según las estructuras sacramentales y jerárquicas queridas por el Señor. La renovación interna llevará a la renovación de los signos externos, en vistas a la libertad evangélica de la Iglesia respecto a todo poder humano temporal. Para ello, la Iglesia actualiza, viviéndolos, los misterios de Cristo, para ser con autenticidad Iglesia "misterio" o "sacramento", signo transparente y portador de Cristo.¹⁶

Uno de los puntos clave de la renovación eclesial será siempre la actitud de pobreza evangélica, a pesar del riesgo de extremismos. La Iglesia ha de ser siempre Iglesia pobre y de los pobres. "Ha llegado el momento de hacerse realmente hermanos de los pobres en la común conversión hacia el desarrollo integral, abierto al Absoluto" (RMi 59). Es necesario constatar en la práctica (no sólo en las afirmaciones orales o escritas) una "opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los marginados", para poder "hacerse voz de todos los pobres del

¹⁴ *Veritatis Splendor* es un llamado a "recuperar" el verdadero sentido de la fe: "Urge recuperar y presentar una vez más el verdadero rostro de la fe cristiana, que no es simplemente un conjunto de proposiciones que se han de acoger y ratificar con la mente, sino un conocimiento de Cristo vivido personalmente, una memoria viva de sus mandamientos, una verdad que se ha de hacer vida" (VS 88). "No se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: adherirse a la persona misma de Jesús, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre" (VS 19).

¹⁵ A partir de esta actitud relacional, el camino de la renovación discurre por el camino del seguimiento evangélico. Si se trata de la vida sacerdotal y consagrada, la renovación es siempre en la línea de la práctica (o "profesión") de los Consejos evangélicos: PDV 27-30 (cfr. PO 15-17); VC 16, 20-22, 88-92 (PC 12-14).

¹⁶ En este contexto se comprende que "la característica principal de todos y cada uno de los dicasterios de la Curia Romana es la ministerial" (Const. Apost. *Pastor Bonus*, preámbulo, n. 7). "Este servicio no encuentra equivalente alguno en la sociedad civil y, por tanto, su trabajo debe ser prestado con espíritu de servicio a imitando la diaconía de Cristo mismo" (ibídem, n.9). Repetidas veces, Juan Pablo II, especialmente en el año de la familia (1995), ha aplicado la imagen familiar a las instituciones eclesiales.

mundo" (TMA 51). "La Iglesia tiene una conciencia viva de ser pobre en medio de los pobres, como lo fue su fundador Jesucristo: pobre entre todos los pobres del mundo... para pasar, como Cristo, en medio de ellos «haciendo el bien» (Act 10,38)".¹⁷

La pauta de esta renovación eclesial se encuentra en las bienaventuranzas. "La Iglesia quiere extraer toda la verdad contenida en las bienaventuranzas de Cristo y sobre todo la verdad contenida en esta primera: «Bienaventurados los pobres de espíritu»... Fiel al espíritu de las bienaventuranzas, la Iglesia está llamada a compartir con los pobres y los oprimidos de todo tipo. Por esto exhorto a todos los discípulos de Cristo y a las comunidades cristianas, desde las familias a las diócesis, desde las parroquias a los Institutos religiosos, a hacer un sincera revisión de la propia vida en el sentido de solidaridad con los pobres" (RMi 60). Efectivamente, "el lenguaje del Evangelio, el lenguaje de las bienaventuranzas" (TMA 20).

La verdadera renovación es eminentemente evangélica, puesto que debe inspirarse en las bienaventuranzas, es decir, en la caridad cristiana, en el mandato del amor, en una vida santa y en medios de santificación. Así lo resumía Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Christifideles laici*: "El concilio Vaticano II ha pronunciado palabras altamente luminosas sobre la vocación universal a la santidad... Es urgente, hoy más que nunca, que todos los cristianos vuelvan a emprender el camino de la renovación evangélica" (CFL 16).

Si la llamada a la renovación eclesial se encuentra en todos los períodos históricos, en el concilio Vaticano II la invitación se repite con términos muy expresivos, dentro de una eclesiología de Iglesia "sacramento". Para que "la claridad de Cristo resplandezca sobre la faz de la Iglesia" (LG 1), es necesario que la misma Iglesia se renueve continuamente: "La Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación" (LG 8).

No siempre las personas y las instituciones eclesiales han sido transparentes de evangelio durante los dos primeros milenios del cristianismo. "Hijos suyos han desfigurado su rostro" (TMA 35). Aunque la acción y el resultado global han sido positivos, debido principalmente a santos y mártires, non han faltado momentos oscuros en los que la acción evangelizadora se ha querido realizar "con métodos de intolerancia e incluso de violencia" (TMA 35). La misma indiferencia religiosa de algunos sectores de la sociedad actual, puede haberse originado "por no haber manifestado el genuino rostro de Dios" (TMA 36; cfr. GS 19). Las directrices del concilio Vaticano II y del magisterio

¹⁷ JUAN PABLO II, *Aloc. durante la oración mariana*, domingo 14.4.91: "L'Osserv. Rom." 15-16 abril 1991, p.4.

postconciliar, urgiendo a una fidelidad mayor a la nueva acción del Espíritu, no siempre han encontrado acogida filial y generosa.¹⁸

Esta renovación evangélica significa, pues, un compromiso por recorrer el itinerario de santidad propuesto por el Evangelio: "Todos los fieles, de cualquier estado y condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana, a la perfección de la caridad" (LG 40).¹⁹

Se trata siempre de renovación bajo la acción del Espíritu Santo, quien, "con la fuerza del Evangelio rejuvenece a la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo" (LG 4). Para ello, habrá que proceder con discernimiento y fidelidad. En el camino eclesial hacia el tercer milenio, será necesaria una "particular sensibilidad a lo que el Espíritu Santo dice a la Iglesia", de suerte que verdaderamente todas las vocaciones, ministerios, instituciones y "carismas estén al servicio de toda la comunidad" (TMA 23).²⁰

2. El camino de la comunión

Para una recta aplicación de la renovación evangélica, con todas sus consecuencias, es necesario recorrer el camino de la comunión eclesial. En el cristianismo, toda actitud evangélica radical que careciera de esta dimensión eclesiológica de comunión, estaría abocada a extralimitarse y a salir de las coordenadas evangélicas de las bienaventuranzas y del mandato del amor. Cristo está "en medio" de los suyos, en el medida en que vivan la fraternidad (Mt 18,20).

De hecho, cuando el concilio Vaticano II sienta el principio básico de la renovación (Iglesia "sacramento"), no sólo indica que "la claridad de Cristo

¹⁸ TMA 36 habla de "incertidumbre" en la comprensión del Concilio. El Sínodo de 1985 (*Relatio finalis* I,3-5) recuerda defectos y retrasos en aplicar el Concilio.

¹⁹ "Es necesario suscitar en cada fiel un verdadero anhelo de santidad, un fuerte deseo de conversión y de renovación personal en un clima de oración siempre más intensa y de solidaria acogida del prójimo, especialmente el más necesitado" (TMA 42).

²⁰ Sería útil recordar algunos documentos y testimonios históricos sobre la verdadera renovación evangélica de la Iglesia. Hago referencia especialmente a tres. "Si el rostro de la Iglesia, por irrupción de abusos, ha sido manchado, Dios con su clemencia la purifique y la devuelva a la purísima blancura y candor que antiguamente poseyó, y otorgue a todos los ministros espíritu digno del ministerio de cada uno, para que cada cual sea lo que debe ser y cada uno busque no sus intereses, sino lo de Jesucristo" (BARTOLOME CARRANZA, *Speculum Pastorum*, n. 129; ver edic. por J.I. TELLECHEA, Salamanca 1992). Para *San Juan de Avila*, la reforma clerical era la base para la reforma de la Iglesia; cfr. J. ESQUERDA BIFET, *Escuela sacerdotal española del siglo XVI: Juan de Avila*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica 1969, pp.26-29 (*Memoriales para el concilio de Trento*). En otro contexto histórico, y teniendo en cuenta el género literario, habrá que tener en cuenta también al *Bto. Raimundo Lull*, que basaba la reforma en la aplicación concreta de las bienaventuranzas: *Obres de Ramon Lull*, Palma 1905; *Obras literarias*, Madrid, BAC 1948 (cfr. Blanquerna, lib. 3º).

resplandece sobre la faz de la Iglesia", sino que, al mismo tiempo, señala la línea de comunión, puesto que, por ser "sacramento", la Iglesia se convierte en "señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1).²¹

A) El misterio teologal y vital de la comunión:

La Iglesia como "comunión" indica un misterio teologal y vital, por reflejar la comunión trinitaria. Su fuente, como "caridad fontal", es el Padre (AG 2). La dinámica interna es "circular": del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, comunicado a los creyentes para establecer la inhabitación trinitaria (cfr. Jn 14, 23-26); en la nueva vida del Espíritu, por Cristo, al Padre (cfr. Ef 2,18).

La comunión eclesial es alimentada por Cristo "pan de vida" (Jn 16,35), es decir, por la Palabra (recibida con fe) y por los sacramentos, especialmente por la Eucaristía. Es comunión vital, de Alianza y amistad, "hasta llegar a ser, por medio del Espíritu, casa en la que habite Dios" (Ef 2,22).

Es comunión que se va edificando por medio de la celebración de los sacramentos, puesto que el bautismo "se ordena a la comunión integral eucarística" (UR 22), la Eucaristía es el "centro de la vida de la Iglesia" (LG 11; cfr. SC 10; PO 5) y cada uno de los demás sacramentos construye también la unidad del corazón y de la comunidad.

Esa "vida según el Espíritu" (Rom 8,4), es un proceso de virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), como introductorias a la vida trinitaria. Sin ese anhelo de santificación sería impracticable la renovación evangélica de la Iglesia.

B) Apertura fraterna de comunión:

La comunión se expresa en vida de fraternidad dentro de cada una de las comunidades eclesiales. La Iglesia es constructora de la comunión entre los hombres y entre los pueblos, en la medida en que ella misma sea comunión (cfr. SRS 40). En toda comunidad eclesial hay una unidad básica de fe y sacramentos (cfr. Ef 4,5-6). En las comunidades originadas por un carisma peculiar (de tipo laical, sacerdotal o de vida consagrada), la unidad cristiana básica, así como la fidelidad y sintonía con el propio carisma, es factor imprescindible para la fraternidad. Pero a partir de esa unidad, hay que contar con la diversidad de cualidades personales, de gracias específicas y de líneas comunitarias, tanto en la Iglesia particular como en la universal.

²¹ "El concepto de comunión está en el corazón del autoconocimiento de la Iglesia" *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión*, Lib. Edit. Vaticana 1992 (Congregación para la Doctrina de la Fe, 28 mayo 1992), n.3.

La vida "comunitaria" o fraterna de cada grupo se basará en la actitud y posibilidad de encontrarse para compartir y ayudarse. La verdadera caridad se manifiesta en saber caminar juntos en el proceso de santificación y de evangelización.²²

La autoridad que preside y anima la vida comunitaria, también en la decisiones necesarias, es siempre de servicio, tanto para crear como garantizar la comunión (cfr. VC 43). La apertura universalista de toda comunidad, en la perspectiva de una sola Iglesia esparcida por todo el orbe (bajo el sucesor de Pedro) y concretada en cada Iglesia particular será garantía de la vitalidad interna del propio grupo (cfr. LG III).

C) El ministerio (servicio) de la comunión:

Todo carisma, vocación y ministerio tiende a construir la comunión eclesial, puesto que los "carismas están al servicio de la comunidad" (TMA 23). Los ministerios ejercidos por la Jerarquía en general y por los ministros ordenados en particular, tienden, por su misma naturaleza, a construir la unidad.²³

Toda estructura eclesial, fundada por Jesús o concretada por la misma Iglesia, tiene sentido de comunión "diaconal" o de servicio. Ello se aplica tanto a nivel de Iglesia local como de Iglesia universal. La "koinonía" de la primera comunidad eclesial de Jerusalén era posible gracias a la Palabra predicada por Apóstoles (que unifica el corazón y comunidad), a la celebración eucarística (donde la vida se hace donación) y al hecho de compartir fraternalmente los bienes (cfr. Act 2,42-44; 4,32-35).

El "pastoreo" local y universal tiene, pues, estas características de servicio diaconal y salvífico, porque "la salvación de las almas debe ser siempre la ley suprema de la Iglesia"²⁴. "Esta diaconía tiende sobre todo al objetivo de que, en todo el organismo de la Iglesia, la comunión se instaure cada vez más... el

²² Ver estudios sobre la vida comunitaria posteriormente, en la nota 27.

²³ *Lumen Gentium* cap. III presenta al Papa y a los Obispos como principio (operativo) de la unidad eclesial: "El Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento perpetuo visible de unidad, así de los Obispos como de la multitud de los fieles. Del mismo modo, cada Obispo es el principio y fundamento visible de unidad en su propia Iglesia, formada a imagen de la Iglesia universal; y de todas las Iglesias particulares queda integrada la una y única Iglesia católica" (LG 23). *Presbyterorum Ordinis* resume el servicio de unidad por parte de los presbíteros: "Los presbíteros están puestos en medio de los seglares para conducirlos a todos a la unidad de la caridad... Deben, por consiguiente, los presbíteros asociar las diversas inclinaciones de forma que nadie se sienta extraño en la comunidad de los fieles" (PO 9).

²⁴ Can. 1752, final del CIC.

misterio de la Iglesia se manifiesta en las múltiples expresiones de esta comunión".²⁵

Los defectos inherentes a cualquier estructura ministerial, no son debidos tanto a las mismas estructuras, cuanto a los "personalismos" o a acentuados intereses personalistas, que producen, en unos, la inhibición y el desánimo, mientras que en otros originan adulación y tendencias al carrierismo. La renovación evangélica de todo servicio ministerial pasa por la concientización de que ese servicio ha sido "conferido para cumplir un fin espiritual" (PO 20) dentro de la naturaleza misionera de la Iglesia.

D) Vida sacerdotal y consagrada, signo de comunión:

En la perspectiva global de la renovación evangélica de la Iglesia, hay que destacar la importancia de la renovación de la vida sacerdotal y consagrada. El tema puede encontrarse fácilmente en los documentos conciliares y postconciliares, en los que se destaca la renovación a la luz de la "apostolica vivendi forma" (seuela evangélica, disponibilidad misionera y fraternidad). Para nuestro estudio, nos basta con sintetizar estas dos vocaciones como *signo de comunión*.²⁶

Respecto a la *vida consagrada*, la exhortación postsinodal ha dedicado al tema de la "comunión" el capítulo II: "Signum fraternitatis, la vida consagrada signo de comunión en la Iglesia". Se pone como punto de referencia la primitiva comunidad eclesial en Jerusalén (cfr. Act 4,32), indicando que se trata de reflejar la comunión trinitaria (cfr. VC 21).

Para resumir los contenidos de la vida consagrada, se conjugan los tres elementos eclesiológicos de misterio, comunión y misión, puesto que "la vida comunitaria... debe mostrar la dimensión intrínsecamente misionera de la consagración" (VC 67). La fuerza misionera radica en la comunión trinitaria reflejada en la comunión fraterna; entonces "la comunión genera comunión y se configura esencialmente como comunión misionera" (VC 46).

²⁵ Const. Apost. *Pastor Bonus*, preámbulo, n. 1. "La Curia Romana es el conjunto de los dicasterios y de los organismos que colaboran con el Romano Pontífice en el ejercicio de su supremo oficio pastoral para el bien y el servicio de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares, ejercicio con el que se refuerzan la unidad de fe y la comunión del pueblo de Dios y se fomenta la misión propia de la Iglesia en el mundo" (ibídem, art. 1). La invitación que Juan Pablo II ha dirigido para que se indique "una forma de ejercicio del Primado... que se abra a una situación nueva" (*Ur Unum Sint* 95), no comporta una infravaloración de ese don de Cristo a su Iglesia universal, sino que más bien desea una mejor aplicación.

²⁶ La exhortación postsinodal *Pastores dabo vobis* (1992) indica estas líneas de renovación sacerdotal (siguiendo las indicaciones del decreto conciliar *Presbyterorum Ordinis*). La exhortación postsinodal *Vita consecrata* (1996) hace otro tanto, teniendo en cuenta el decreto conciliar *Perfectae caritatis*.

Respecto a la *vida sacerdotal*, se recuerda que todo sacerdote, además de ser signo personal de Cristo, es también signo comunitario (especialmente en el Presbiterio), dentro de la realidad de Iglesia comunión (Lc 10,1; Jn 17,21-13; PO 8; PDV 17, 31, 74-80; Dir 25-29). La vivencia de esta realidad de comunión se convierte también en signo eficaz de evangelización.

El sacerdocio vivido en el Presbiterio tiene las características de una "íntima fraternidad" exigida por el sacramento del Orden (LG 28). Es, pues, "fraternidad sacramental" (PO 8) que equivale también a signo eficaz de santificación y evangelización. Por esto, el Presbiterio es "mysterium" y "realidad sobrenatural" (PDV 74), que matiza la espiritualidad del sacerdote en el sentido de pertenecer a una "familia sacerdotal" (CD 28; PDV 74), como "lugar privilegiado" donde el sacerdote "debería encontrar los medios específicos de santificación y evangelización" (Dir 27). Por esto, "el ministerio ordenado tiene una radical «forma comunitaria» y puede ser ejercido sólo como «una tarea colectiva»" (PDV 17; cfr. PO 7-9).

Para hacer efectiva, *en ambos estados de vida*, la realidad de un seguimiento radical de Cristo y de una disponibilidad misionera incondicional, será necesario poner en práctica la "comunión" con expresiones de vida fraterna y comunitaria.²⁷

E) Urgencias actuales ecuménicas:

La "comunión" constituye la naturaleza misma de la Iglesia, como comunidad convocada por el Señor. La Iglesia es "una", aunque diferenciada por diversidad de "carismas", vocaciones y ministerios. Las Iglesias particulares, con toda su historia de gracia y herencia apostólica, son una concretización, en el espacio y en el tiempo, de la única Iglesia.

La "ruptura" actual entre diversas "Iglesias" o comunidades eclesiales, es caduca y tiende a desaparecer por la misma fuerza de la "comunión" trinitaria, que es intrínseca a todas ellas. De ahí la necesidad de renovación evangélica de todas las comunidades para llegar al objetivo trazado por el movimiento "ecuménico". Las rupturas y divisiones se trascienden con una apertura más fiel a la Palabra y a la acción del Espíritu Santo. "Esta es la esperanza de la unidad de

²⁷ Sobre la vida consagrada: (Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica) *La vida fraterna en comunidad, Congregavit nos in unum Christi amor* (2 feb. 1994); M. ZAGO, *La comunidad religiosa, factor de nueva evangelización*, "Omnis Terra" n.231 (1993) 216-221. Sobre la vida sacerdotal: C. BERTOLA, *La fraternità sacramentale dei presbiteri*, Roma, Pont. Univ. Gregoriana 1994 (Tesis); P. CODA, *La forma comunitaria del ministero presbiterale*, "Lateranum" 56 (1990) 569-588; J. ESQUERDA BIFET, *Teología de la espiritualidad sacerdotal*, Madrid, BAC 1991 (cap. 10: Espiritualidad y vida comunitaria en el Presbiterio); K. LECLERCQ, *La fraternité sacerdotale. Réviser sa vie entre frères pour vivre l'évangile*, "Bull. Saint-Sulpice" 8 (1982) 152-158; S. SPERA, *Spiritualità del presbiterio diocesano e vita comune*, "Rassegna di Teología" 23 (1982) 236-249.

los cristianos que tiene su fuente divina en la unidad Trinitaria del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (UUS 8).

El regreso a la unidad será un proceso de intercambio de dones del Espíritu, que cada Iglesia particular ha recibido para compartirlos con las demás (cfr. LG 13; UUS 28). Hay que aprender a adoptar una "sosegada y limpia mirada a la verdad" (UUS 2) o "mirada contemplativa" (EV 83), como actitud de mutua estima y simpatía, para sanar heridas abiertas desde hace siglos y para superar principalmente un alejamiento psicológico que condiciona las discusiones teóricas y las aplicaciones prácticas.²⁸

Un gran estímulo y ayuda para este proceso ecuménico será "el valiente testimonio de tantos mártires de nuestro siglo, pertenecientes también a otras Iglesias y Comunidades eclesiales... son la prueba más significativa de que cada elemento de división se puede trascender y superar en la entrega total de uno mismo a la causa del Evangelio" (UUS 1). Esta realidad martirial señala "la comunión más auténtica que existe con Cristo" (UUS 84). Los mártires y los santos son "un patrimonio común" (UUS 84).

El camino de comunión requiere una actitud de "convertirse más radicalmente al Evangelio" (UUS 15; cfr. UR 7), puesto que "creer en Cristo significa querer la unidad; querer la unidad significa querer la Iglesia; querer la Iglesia significa querer la comunión de gracia que corresponde al designio del Padre desde toda la eternidad. Este es el significado de la oración de Cristo: «que sean uno»" (UUS 9).

La comunión a que se aspira y que, ciertamente llegará como fruto de la oración sacerdotal de Cristo en la última cena, tiene valor de eficacia misionera: "De cara al mundo, la acción conjunta de los cristianos... asume también las dimensiones de un anuncio, ya que revela el rostro de Cristo" (UUS 75). Por esto el itinerario "hacia la unión plena y visible" (UUS 99; cfr. TMA 16), es "uno de los imperativos de la caridad que debe acogerse sin compromisos" (UUS 99).

La "koinonía" de la primera comunidad cristiana de Jerusalén era la base de la "audacia" en el Espíritu para la misión (Act 2,42-44; 4,32-33). "La fuerza de la evangelización quedará muy debilitada si los que anuncian el Evangelio están divididos entre sí por tantas clases de rupturas. ¿No estará quizá ahí uno de los grandes males de la evangelización?" (EN 77).

²⁸ "Antes de discutir sobre los puntos de divergencia y, especialmente, antes de lograr un regreso a la unidad a través de negociaciones canónicas o diplomáticas, es necesario buscar un acercamiento psicológico y espiritual, y suscitar sentimientos de confianza, de simpatía real, actualizando al máximo y, si es necesario, recreando la afinidad mutua entre las partes" (Y. CONGAR, *L'Église et les Églises*, Chevetogne 1954, I, 93-94).

Las nuevas situaciones misioneras de la actualidad, como "oportunidad de hacer llegar el Evangelio, con el testimonio y la palabra, a todos los hombres y a todos los pueblos" (RMi 92), hacen más patente "la necesidad de la misión exige a todos los bautizados reunirse en una sola grey, para poder dar, de esta forma, testimonio unánime de Cristo, su Señor, delante de todas las gentes" (AG 6).

3. El camino de la misión

El camino de la misión pasa por la comunión, como hemos visto en el apartado anterior, puesto que en toda vocación cristiana (laical, sacerdotal y religiosa) "la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenentran y se implican mutuamente, hasta el punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión" (CFL 32).

Al mismo tiempo, para llegar a esa comunión eclesial se necesita una conversión permanente y una actitud de adaptar la propia vida al seguimiento evangélico de Cristo. Todo obstáculo a la comunión y a la renovación evangélica, se convierte en obstáculo para la misión.

La renovación evangélica necesita, para garantizar su autenticidad y perseverancia, el estímulo de la misión. La Iglesia "existe para evangelizar" (EN 14). La Iglesia es "pueblo de la vida" porque "ha recibido el Evangelio como anuncio y fuente de gozo y de salvación" (EV 78). "Jesús es el único Evangelio", que hay que "hacer llegar al corazón de cada hombre" (EV 80).²⁹

La renovación evangélica, por medio de una eclesiología de comunión y misión, purificará algunas reflexiones misionológicas inexactas, reductivas de la unicidad de Cristo Salvador, puesto que "no se puede comprender y vivir la misión, si no es con referencia a Cristo" (RMi 88). "La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana. ¡La fe se fortalece dándola!" (RMi 2).

La eclesiología de comunión presenta a la Iglesia como "sacramento para la salvación del mundo"³⁰. La "mirada" hacia los hermanos debe ser siempre "contemplativa", como de quien intuye un misterio de amor. La misión necesita esta "mirada contemplativa que... encuentra en el rostro de cada persona una llamada a la mutua consideración, al diálogo y a la solidaridad" (EV 83).

²⁹ Con la misma base eclesiológica de LG 65, *Evangelium Vitae* presenta la relación entre la maternidad de María y de la Iglesia: "Por esto María, como la Iglesia de la que es figura, es Madre de todos los que renacen a la vida... Al contemplar la maternidad de María, la Iglesia descubre el sentido de su propia maternidad y el modo con que está llamada a manifestarla" (EV 102).

³⁰ Sínodo de 1985, *Relatio finalis*, II, D, n.1.

La misión se hace actualización de la comunión eclesial, como "servicio caridad", que es capaz de "instaurar una verdadera economía de comunión y de participación de bienes, tanto en el orden internacional como nacional" (EV 91). Por esto, la conciencia misionera nace de la convicción de ser Iglesia comunión universal.

Las posibilidades misioneras del final del segundo milenio y del inicio del tercero, parecen ser "horizontes de una humanidad más preparada para la siembra evangélica" (RMi 3). La Iglesia necesita ser, en su misma vida, el anuncio de que "el tiempo se ha cumplido... con la Encarnación" (TMA 9). Por esto, el año 2000 de la Encarnación viene a ser la confluencia de toda la acción de Dios en los diversos pueblos y religiones, e "invita a encontrarnos con renovada fidelidad y profunda comunión en las orillas de este gran río: el río de la Revelación, del Cristianismo y de la Iglesia" (TMA 25). "En el 2000 deberá resonar con fuerza renovada la proclamación de la verdad: «Ecce natus est nobis Salvator mundi»" (TMA 38).

La acción misionera de la Iglesia es una urgencia de renovación por parte de la misma, puesto que, por ser evangelizadora, "la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma" (EN 15). El ritmo trinitario de la misión (Mt 28,19; cfr. AG 2-4) reclama el ritmo trinitario de la vida cristiana (Ef 1-2; 2,18), que es exigencia de perfección y comunión.

El anuncio de evangelio, que comenzó hace veinte siglos, no siempre ha llegado a nivel de conciencia y de cultura. En este sentido, se puede decir que muchas personas y pueblos no han sido evangelizados, porque ha faltado la presentación de la sorpresa-misterio de Dios que ha enviado a su Hijo. Los retrasos en la aceptación del Evangelio no pueden achacarse solamente a la falta de receptividad por parte de los evangelizados, sino que también son debidos a la falta de cooperación misionera por parte de los ya creyentes en Cristo.

No sería objetivo partir de ese retraso para afirmar que no es necesario el anuncio del Evangelio para la salvación universal. Sólo una verdadera renovación evangélica ayudará a la convicción de que "la Iglesia también en el futuro seguirá siendo misionera: el carácter misionero forma parte de su naturaleza" (TMA 57). Pero hay que acentuar la necesidad de testimonio: "El hombre contemporáneo cree más en los testigos que en los maestros... el testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de misión" (RMi 42).

La Iglesia necesita ser y presentarse como Evangelio viviente, en un proceso de renovación continua. "Cada convertido es un don hecho a la Iglesia y comporta una grave responsabilidad para ella... Sería una desilusión para él, si después de ingresar en la comunidad eclesial encontrase en la misma una vida

que carece de fervor y sin signos de renovación. No podemos predicar la conversión, si no nos convertimos nosotros mismos cada día" (RMi 47).³¹

La Iglesia presenta el Verbo encarnado, para que sus "semillas", esparcidas en toda cultura y religión, lleguen a su madurez³². Pero, para ello, se necesita la apertura de la misma Iglesia a esas "semillas" del Verbo, a modo de estímulo para vivir y presentar más inculturado el evangelio. La conversión a Cristo es siempre mutua: por parte del evangelizador y del evangelizado.

Si en Cristo "es Dios quien viene en persona", y en él aparece que "el Verbo Encarnado es el cumplimiento del anhelo presente en todas las religiones de la humanidad" (TMA 6), los creyentes en Cristo tienen que vivir de la convicción de que "en El, el Padre ha dicho la palabra definitiva sobre el hombre y sobre la historia" (TMA 5). La vivencia de esta fe, como "conocimiento de Cristo vivido personalmente" (VS 88), hace de la Iglesia un signo transparente de la realidad de la Encarnación. Los no creyentes en Cristo no darán el paso a la fe sólo por aceptación de conceptos, sino principalmente por la gracia de Dios y el anuncio y testimonio de los cristianos.

El cristianismo se presenta tal como es, cuando ofrece con propia experiencia la manifestación de la Palabra definitiva de Dios en su inserción histórica: el Verbo encarnado, Cristo muerto y resucitado. Los no cristianos ya tienen las "semillas del Verbo", pero necesitan ver en los signos de una vida de fe, cómo es la manifestación definitiva de Dios por medio de Jesucristo en "la plenitud de los tiempos" (Gal 4,4). Las "muchas maneras" de hablar de Dios, han llegado a su manifestación definitiva "en su Hijo" (Heb 1,1-2).

La fidelidad a la misión es una realidad cuando existe la actitud de renovación evangélica. "La llamada a la misión deriva, de por sí, de la llamada a la santidad... La vocación universal a la santidad está estrechamente unida a la vocación universal a la misión... El renovado impulso hacia la misión *ad gentes* exige misioneros santos... Es necesario suscitar un nuevo «anhelo de santidad» entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana" (RMi 90). En este sentido, se puede decir que "la misión *ad intra* es signo creíble y estímulo para la misión *ad extra* y viceversa" (RMi 34).

³¹ Puede servir de pauta para toda institución y estructura eclesial, lo que se afirma de la Curia Romana: "La actividad de todos los que trabajan en la Curia Romana y en los demás organismos de la Santa Sede es un verdadero servicio eclesial, marcado por un carácter pastoral, en cuanto que es participación en la misión universal del Romano Pontífice, y todos deben cumplirlo con la máxima responsabilidad y con la disposición para servir" (Const. Apost. *Pastor Bonus*, art. 33). Naturalmente que esta disponibilidad misionera dependerá de la correspondiente renovación evangélica.

³² Ver el tema de las "semillas del Verbo", en el magisterio actual: AG 3,11; LG 16; EN 52; RMI 28; VS 94.

La misión es anuncio y testimonio de las bienaventuranzas. El misionero manifiesta, por medio de "la alegría interior que viene de la fe", que él "ha encontrado en Cristo la verdadera esperanza". Por esto, "viviendo las bienaventuranzas, el misionero experimenta y demuestra concretamente que el Reino de Dios ya ha venido y que él lo ha acogido" (RMi 91).

Para responder a esas exigencias misioneras, se necesita, por parte de todos, "una profunda renovación interior" (AG 35). Efectivamente, para poder ser "signo e instrumento de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1), la Iglesia "avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación" (LG 8). La "predicación" eclesial va acompañada de la "presencia" de Cristo y del testimonio de los "signos" (Mc 16,20), que se concretan principalmente en el testimonio de una vida fraguada en las bienaventuranzas. Para que "la claridad de Cristo resplandezca sobre la faz de la Iglesia" (LG 1), es necesario que la misma Iglesia se renueve continuamente.

El cristianismo se muestra como tal en la "personificación" de las bienaventuranzas. Esa personificación se convierte en actitud relacional con Cristo que se convierte en una vida semejante a la suya. Por esto, "la santidad de vida permite a cada cristiano ser fecundo en la misión de la Iglesia" (RMi 77). La fuerza evangelizadora de la Iglesia consiste en la caridad, que es don de Dios (cfr. 1Jn 4,7). Es la capacidad de presentar las "bienaventuranzas" y el mandato del amor (cfr. RMi 59). Todos los signos eclesiales (vocaciones, sacramentos, ministerios...), cuando se viven con autenticidad, son signos portadores de la presencia eficaz de Jesús. Son, pues, signos eficaces del mismo Jesús y de su mensaje evangélico.

Muchos problemas internos de las comunidades eclesiales o también de la Iglesia en general, no tendrán solución mientras la comunidad no se abra a la misión universalista: "Sólo haciéndose misionera la comunidad cristiana podrá superar las divisiones y tensiones internas y recobrar su unidad y su vigor de fe" (RMi 49). Lo que se dice en el campo ecuménico, puede aplicarse a la vida de interna de toda comunidad eclesial: "Es necesaria una sosegada y limpia mirada a la verdad, vivificada por la misericordia divina, capaz de liberar los espíritus y suscitar en cada uno una renovada disponibilidad, precisamente para anunciar el Evangelio a los hombres de todo pueblo y nación" (UUS 2).

Pablo VI, en *Evangelii Nuntiandi*, presentó "el espíritu de la evangelización", explicándolo como "actitudes interiores" del apóstol (EN 74), fidelidad al Espíritu Santo como "agente principal de la evangelización" (EN 75), "autenticidad" y testimonio (EN 76), unidad (EN 77), servicio de la verdad (EN 78), caridad apostólica (EN 79-80). Esta espiritualidad se adquiere viviendo en Cenáculo con María para afrontar una "renovada evangelización" (EN 81-82).

Sin la docilidad al Espíritu no se acertará en el contenido evangélico de la misión o no habrá la fortaleza para actuarlo: "También la misión sigue siendo difícil y compleja, como en el pasado, y exige igualmente la valentía y la luz del Espíritu" (RMi 87). En la nueva situación de la Iglesia y de la sociedad, "conviene escrutar las vías misteriosas del Espíritu y dejarse guiar por él hasta la verdad completa (cfr. Jn 16,13)" (ibídem).

Es el sentido o "espíritu de la Iglesia", el que hace descubrir, amar y vivir la realidad misionera de la misma, puesto que "quien tiene espíritu misionero siente el ardor de Cristo por las almas y ama a la Iglesia, como Cristo" (RMi 89).

Probablemente nos encontramos ante el mayor desafío histórico que ha tenido la Iglesia, en el sentido de reclamar una renovación eclesial que haga de personas y de comunidades un signo creíble de las bienaventuranzas. "Nuestro tiempo es dramático y, al mismo tiempo, fascinador" (RMi 38). La "nueva época misionera" (RMi 92) abre nuevos horizontes al anuncio del evangelio. Se necesitan "nuevos santos para evangelizar al hombre de hoy".³³

Es urgente hacer que la comunidad eclesial más evangelizadora en cada Iglesia particular. La sociedad actual se está delineando, en cada sector geográfico, como pluricultural y plurireligiosa. En medio de esa sociedad, la comunidad cristiana necesita convivir positivamente a partir de una fe vivida con autenticidad. El conocimiento respetuoso de los valores de otras religiones se convierte en una invitación a "dar testimonio del resucitado entre las gentes" (EN 66).

Las nuevas situaciones sociológicas y culturales se pueden comparar a "nuevos areópagos": migraciones, juventud, culturas, medios de comunicación, desarrollo, liberación de los pueblos, derechos fundamentales, ecología, etc. Pero hay que destacar "la angustiada búsqueda de sentido, la necesidad de interioridad, el deseo de aprender nuevas formas y modos de concentración y de oración... se busca la dimensión espiritual de la vida como antídoto a la deshumanización" (RMi 38). A este fenómeno, que "no carece de ambigüedad", la Iglesia sólo puede responder ofreciendo "el patrimonio espiritual" evangélico recibido de Cristo, "el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6). Esta "es la vía cristiana para el encuentro con Dios, para la oración, la ascesis, el descubriendo del sentido de la vida" (RMi 38). Nunca como hoy, la sociedad humana se ha encontrado en una encrucijada semejante de contactos religiosos globales a nivel universal.

Al cristianismo se le plantea la urgencia de presentar la fe cristiana, por medio de la proclamación y de la transparencia del evangelio en la propia vida, a partir de una experiencia peculiar de Dios. No se aceptará el cristianismo sólo por

³³ JUAN PABLO II, *Alloc. al Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa* (11.10.85): Insegnamenti VIII, 2, pp.910ss.

"conceptos", sino por el testimonio de haber encontrado en la propia vida la persona de Jesús resucitado.

En vistas a la evangelización, los textos magisteriales cuestionan la renovación eclesial con términos muy claros y preciso. En la exhortación *Evangelii Nuntiandi*, Pablo VI ofrece unos puntos de examen de conciencia sobre la misionariedad de la Iglesia, para hacerla más apta en vistas a anunciar el Evangelio: "¿Qué es de la Iglesia, diez años después del concilio? ¿Está anclada en el corazón del mundo y es suficientemente libre e independiente para interpretar al mundo? ¿Da testimonio de la propia solidaridad hacia los hombres y al mismo tiempo del Dios Absoluto? ¿Ha ganado en ardor contemplativo y de adoración, y pone más celo en la actividad misionera, caritativa, liberadora? ¿Es suficiente su empeño en el esfuerzo de buscar el restablecimiento de la plena unidad entre los cristianos, lo cual hace más eficaz el testimonio común, con el fin de que el mundo crea?" (EN 76).³⁴

En realidad, la asistencia de Cristo y de su Espíritu a la Iglesia, aseguran la vivencia y el anuncio del evangelio. "Jesucristo, luz de los pueblos, ilumina el rostro de su Iglesia, la cual en enviada por él para anunciar el evangelio a toda criatura (cfr. Mc 16,15). Así la Iglesia, pueblo de Dios en medio de las naciones... ofrece a todos la respuesta que brota de la verdad de Jesucristo y de su Evangelio" (VS 2).

Uno de los mayores desafíos de la actualidad consiste en la pregunta que se hace a los anunciadores del evangelio sobre la experiencia de Dios: "El mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismo conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible" (EN 76; cfr. RMi 91). Se necesita actualizar la experiencia de Juan (1Jn 1,1ss) sobre el encuentro con el Verbo encarnado (Jn 1,14).³⁵

La experiencia del encuentro con Cristo resucitado, presente en la historia humana, se convierte siempre para los creyentes en misión, porque el Espíritu Santo infunde "una serena audacia que les impulsa a transmitir a los demás su experiencia de Jesús y la esperanza que los anima" (RMi 24). La misión es

³⁴ El examen que Pablo VI hace a la Iglesia se amplía en otro lugar del mismo documento, como preguntando sobre la fidelidad al mensaje evangélico: "¿Qué eficacia tiene en nuestros días la energía escondida de la Buena Nueva, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre? ¿Hasta dónde y cómo esta fuerza evangélica puede transformar verdaderamente al hombre de hoy? ¿Con qué medios hay que proclamar el Evangelio par que su poder sea eficaz?" (EN 4).

³⁵ Juan Pablo II presenta la misma urgencia sobre la experiencia contemplativa: "El contacto con los representantes de las tradiciones espirituales no cristianas, en particular, las de Asia, me ha corroborado que el futuro de la misión depende en gran parte de la contemplación. El misionero, si no es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble. El misionero es un testigo de la experiencia de Dios y debe poder decir, como los Apóstoles: «Lo que contemplamos... acerca de la Palabra de vida..., os lo anunciamos» (1Jn 1,1-3)" (RMi 91).

esencialmente transparencia del encuentro explícito con Cristo: "El misionero experimenta la presencia consoladora de Cristo, que lo acompaña en todo momento de su vida... Cristo lo espera en el corazón de cada hombre" (RMi 88).

Habrà que conocer y apreciar las expresiones "contemplativas" de las diferentes religiones, para descubrir en ellas las semillas del mismo Verbo encarnado, Jesucristo el único Salvador, muerto y resucitado. "Cuanto de verdad y de gracia se encuentra ya entre las naciones, como por una quasi secreta presencia de Dios,... (la Iglesia) lo restituye a su autor, Cristo" (AG 9). El discernimiento y aprecio de los valores existentes en las diversas religiones incluye también la purificación de los mismos y la llamada a pasar a la plenitud en Cristo.

Conclusión: Hacia la renovación evangélica por una eclesiología de comunión misionera

En nuestro estudio hemos intentado presentar la necesidad de profundizar en la eclesiología de comunión, en vistas a la renovación evangélica de la Iglesia (n.1), que se realiza por un camino de "comunión" (n.2) y de misión (n.3).

Los datos a tener en cuenta para elaborar esta eclesiología, de suerte que sirva para construir una "comunión misionera", los hemos resumido en los diversos apartados: el alcance y la urgencia actual de la renovación evangélica, la vivencia de la comunión, la derivación misionera.

Es ya una afirmación ampliamente aceptada la de que "la eclesiología de comunión es una idea central y fundamental en los documentos del Concilio... constituye el fundamento para el orden en la Iglesia, y ante todo para la recta relación entre unidad y pluriformidad en la Iglesia".³⁶

Esa "clave" de los documentos conciliares se puede ampliar con la trilogía: Iglesia misterio-comunión-misión (según la terminología del Sínodo de 1985). Cristo resucitado está presente bajo "signos" eclesiales. Esta realidad cristológica y eclesial tiene diversas dimensiones: *mistérico-teologal*, fraterna-solidaria (*comunión*), carismática-espiritual, visible-institucional, *misionera*-materna...

La Iglesia "comunión" es la "Iglesia de la Trinidad", en cuanto que todo ella es "una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del

³⁶ Sínodo 1985: *Relatio finalis*, II, C,1. Ver también la *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión*, o.c., n.1: "El concepto de comunión (koinonía), ya puesto de relieve en los textos del concilio Vaticano II, es muy adecuado para expresar el núcleo profundo del Misterio de la Iglesia y, ciertamente, puede ser una clave de lectura para una renovada eclesiología católica".

Espíritu Santo" (LG 4). Esta realidad de comunión es un don gratuito que brota de la Trinidad y se consumará plenamente en la Trinidad.³⁷

Este "misterio" de comunión manifiesta que la Iglesia es "sacramento... instrumento de unión"(LG 1), "instrumento de redención universal" (LG 9), "sacramento universal de salvación" (LG 48 y AG 1). "De esta sacramentalidad se sigue que la Iglesia no es una realidad replegada en sí misma, sino permanentemente abierta a la dinámica misionera y ecuménica".³⁸

De hecho, los títulos bíblicos aplicados a la Iglesia (cuerpo, templo, casa, familia, pueblo, esposa, madre, "pleroma"...) indican esta perspectiva de "comunión" o de casa y familia, a modo de "morada de Dios entre los hombres" (Apoc 21,3), puesto que los creyentes en Cristo somos "familiares de Dios" (Ef 2,19).³⁹

La base de una renovación evangélica de la Iglesia pasa, pues, por una recta eclesiología de comunión, que dinamizará el camino de santificación, de fraternidad, de ministerios, de vida consagrada, de ecumenismo y de misión.⁴⁰

En nuestro estudio hemos destacado principalmente estos elementos básicos, a tener en cuenta en el desarrollo de una eclesiología de comunión: la comunión como misterio vital (a partir de la vida trinitaria), la apertura fraterna en una vida comunitaria (de relacionarse, compartir y ayudarse), los ministerios como servicios de comunión (sin privilegios), la necesidad de subrayar la vida comunitaria de los sacerdotes (en el Presbiterio) y de las personas consagradas (según su carisma fundacional), la construcción de unas bases ecuménicas (para

³⁷ LG 4 cita a San Cipriano: *De orat. dom.* 23: PL 4, 553. Algunas publicaciones actuales han abierto nuevas perspectivas para el estudio de la Iglesia comunión: A. ANTON, *La Iglesia de Cristo, Madrid*, BAC 1977 (cap. VIII, 6: La Iglesia de Cristo es una "koinonía"); CL. GARCIA EXTREMEÑO, *La actividad misionera de una Iglesia sacramento y desde una Iglesia comunión*, "Estudios de Misionología" 2 (1977) 217-252; C. SCANZILLO, *La Chiesa sacramento di comunione*, Napoli, Dehoniane 1987.

³⁸ *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión*, o.c., n.4. Cfr. A. ANTON, o.c., cap. XV, 4: La Iglesia, sacramento de salvación).

³⁹ *Ecclesia in Africa* nn. 63 pide que la teología profundice en el tema de Iglesia-familia: "Es de desear que los teólogos elaboren la teología de la Iglesia-Familia con toda la riqueza contenida en este concepto".

⁴⁰ Los estudios teológicos necesitan una renovación, tanto en el enfoque cristológico y salvífico, como en la dimensión eclesiológica de comunión. "En la revisión de los estudios eclesiásticos hay que atender, sobre todo, a coordinar adecuadamente las disciplinas filosóficas y teológicas, y que juntas tiendan a descubrir más y más en las mentes de los alumnos el misterio de Cristo, que afecta a toda la historia del género humano, influye constantemente en la Iglesia y actúa, sobre todo, mediante el ministerio sacerdotal" (OT 14; cfr. n. 16). La señal de que los estudios eclesiásticos (o teológicos en general) se han renovado, consistirá en su capacidad de contagiar un deseo de mayor profundización científica, para dedicarse de verdad a la predicación, contemplación, perfección, misión y vida de comunión eclesial.

la unión de todos los cristianos), la apertura a la misión local y universal (como signo de la autenticidad y eficacia de la comunión).

En una eclesiología de comunión, el tema mariano ocupa un lugar peculiar, puesto que María es la figura de la Iglesia esposa fiel y madre fecunda. María se encuentra en el camino de la renovación eclesial: "Mientras que la Iglesia en la Beatísima Virgen ya llegó a la perfección, por la que se presenta sin mancha ni arruga (cfr. Ef., 5,27), los fieles, en cambio, aún se esfuerzan en crecer en la santidad venciendo el pecado; y por eso levantan sus ojos hacia María, que brilla ante toda la comunidad de los elegidos, como modelo de virtudes" (LG 65)

El estudio de la eclesiología de comunión tendrá un fuerte tono de discernimiento del Espíritu, puesto que "el Espíritu es también para nuestra época el agente principal de la nueva evangelización. Será por tanto importante descubrir al Espíritu como aquel que construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de salvación definitiva que se dará al final de los tiempos" (TMA 45).

La fidelidad de la Iglesia al Misterio de Cristo tiene sentido esponsal de compartir su misma vida (Iglesia esposa, virgen y madre). El modelo del Cenáculo (en relación con la Anunciación) indicará la "comunión" eclesial (cfr. Act 1,14). El camino eclesial hacia la celebración de segundo milenario del cristianismo será, pues, un camino de imitación de la fe, esperanza y caridad de María (figura de la Iglesia esposa): "La Iglesia, reflexionando piadosamente sobre ella y contemplándola en la luz del Verbo hecho hombre, llena de veneración entra más profundamente en el sumo misterio de la Encarnación y se asemeja más y más a su Esposo" (LG 65).⁴¹

Toda renovación eclesial auténtica, bajo la acción del Espíritu Santo, se realizará en el paradigma de la "comunión" eclesial del Cenáculo: "Como los Apóstoles después de la Ascensión de Cristo, la Iglesia debe reunirse en el Cenáculo «con María la Madre de Jesús» (Act 1,14), para implorar el Espíritu Santo y obtener fuerza y ardor para cumplir el mandato misionero. También nosotros, mucho más que los Apóstoles, tenemos necesidad de ser transformados y guiados por el Espíritu" (RMi 92; cfr. AG 4; LG 59; EN 82; RH 22; RMa 24).⁴²

⁴¹ *Tertio Millennio Adveniente* señala el aspecto mariano del caminar eclesial en cada uno de los años de la etapa preparatoria (1997-1999): TMA 43 (Jesucristo: "María modelo de fe vivida"), 48 (Espíritu Santo: "María mujer dócil a la voz del Espíritu"), 54 (Padre: "Maria ejemplo perfecto de amor").

⁴² El decreto *Ad Gentes* había señalado esta dimensión pneumatológica y mariana de la Iglesia misionera: "Fue en Pentecostés cuando empezaron «los hechos de los Apóstoles», como había sido concebido Cristo al venir al Espíritu Santo sobre la Virgen María, y Cristo había sido impulsado a la obra de su ministerio, bajando el mismo Espíritu Santo sobre El mientras oraba" (AG 4). Ver también LG 59. J. ESQUERDA BIFET, *L'azione dello Spirito Santo nella maternità e missionarietà della Chiesa*, en: *Credo in Spiritum Sanctum*, Lib. Edit. Vaticana 1983, 1293-1306.

